

## Las disciplinas: ¿sólo contenidos o una introducción a la realidad?

Cualquier docente, cada año, se enfrenta con la pregunta de los alumnos, hecha de una manera u otra: *Profe: ¿para qué me sirve estudiar esto?* Y las respuestas, si las hay, giran frecuentemente en torno a la adquisición de una cultura, al reconocimiento de que es un bien para el futuro, a su necesidad para no ser un ignorante, etc. Respuestas válidas y ciertas, pero que evidentemente no alcanzan para que a los alumnos les resulte fascinante estudiar tal o cual asignatura.

¿Por qué no alcanzan estas razones? ¿Por qué no le encuentran sentido a estudiar historia, lengua, geografía, matemática? Detrás de la pregunta por la utilidad de la materia que estudian se revela la exigencia de los alumnos de conocer cosas que les sean útiles, que los “toque”, que los despierte. La realidad les despierta interés si ellos descubren que tiene que ver con ellos; son ejemplos de esto el modo en que se involucran en el deporte, con alguna música o grupo musical, en la amistad, etc. ¿por qué no se logra despertar el mismo interés y entusiasmo por el estudio?

Para intentar responder a esta pregunta que nos plantean los alumnos, deberíamos reflexionar acerca de lo que enseñamos: ¿De qué se trata? ¿Cuál es la esencia de las materias que enseñamos? O ¿qué enseñamos cuando enseñamos geografía, Biología, etc?

La primera reflexión que debemos hacer es acerca de el mismo concepto de educar. ¿Educar, y por lo tanto enseñar, es transmitir contenidos, informaciones? Si fuera sólo esto, el docente, hoy en día, estaría compitiendo con Internet. Los chicos acceden hoy a informaciones que les interesan, mucho más rápido que a lo que le proponemos nosotros.

En cambio, si concebimos a la educación como un introducir a nuestros alumnos en la realidad de la que forman parte y que los rodea, la cuestión cambia sustancialmente. Proponemos esta definición de educación de *El riesgo educativo* de Luigi Giussani: *Educar es introducir a la realidad total. Educación significa el desarrollo de todas las estructuras del individuo hasta su realización integral, y, al mismo tiempo, la afirmación de todas las posibilidades de conexión activa de esas estructuras con toda la realidad. Y la realidad*, continúa el autor, *no se afirma totalmente si no se afirma su significado.* ¿No es acaso lo que intentan hacer los padres con sus hijos desde que nacen?

Si educar es abrir a la realidad, los docentes no enseñamos materias, sino que abrimos a la realidad. El objeto de la enseñanza para nosotros no son las materias, sino los aspectos de la realidad que las materias tratan. Los docentes no somos sólo transmisores de un saber elaborado en otra parte y en el pasado. Si queremos introducir a los alumnos en el conocimiento de los aspectos de la realidad que cada materia enseña, debemos jugar personalmente, directamente, esta relación con la realidad del saber que impartimos. El verdadero modo de ser profesor de literatura o matemática es el de introducir al alumno al mundo de la literatura y de la matemática, con total coherencia y respeto por el objeto, pero sobre todo sin ocultar el para qué de ese saber, el por qué de su valor, el interés que suscita en

mí que lo enseño, las preguntas que me genera, lo que me hizo descubrir de la vida y del mundo.

Se hace necesario, en este punto de la reflexión, abordar el concepto de conocimiento. La modernidad ha puesto en crisis dos conceptos fundamentales: el de sujeto y el de realidad. ¿Cómo? Estableciendo que no existe una relación entre ambos, en efecto, hoy en día existe una extrañeza ideológica en la relación realidad- persona. La conciencia se volvió registro pasivo de algo que no le pertenece, que no lo toca, que no lo cambia (Riggotti, 1993). Hoy en día, estamos frente a una noción de realidad y por tanto de conocimiento para la que lo importante es “pensar”, considerándolo sinónimo de “conocer”. Pero no son iguales, el pensar puede prescindir de la realidad. Pensar algo es realizar una construcción intelectual, ideal y este pensar puede convertirse en proyectar sobre el hecho lo que pensamos de él. El conocimiento, en cambio, coincide con la experiencia del objeto, de la realidad que tengo delante. Decía San Agustín: “Yo investigo para saber algo, no para pensarlo”. La realidad mueve el deseo de conocimiento del hombre. Es el impacto con la realidad lo que en el hombre despierta la curiosidad que lo proyecta a querer conocer el objeto.

Sin embargo, el empobrecimiento de estos dos polos del conocimiento, el sujeto y la realidad, provoca que la realidad no tenga que ver con la persona, por lo tanto, no despierta interés, no tiene significado, entonces ¿para qué conocerla? Mejor es construirla con nuestros pensamientos.

Este problema, que parece teórico, es decisivo para la relación educativa, para la enseñanza: si el nexo entre realidad y sujeto se ha perdido, por lo tanto, no existe más el estímulo que mueve al conocimiento. Esta es la primerísima causa de la no motivación de nuestros alumnos: ¿por qué conocer algo que no me interesa? El alumno ha perdido la realidad como aquello que para él tiene un significado, la realidad se ha convertido en un conjunto de datos inconexos entre sí, fórmulas para repetir, conceptos vacíos de significado.

Dadas así las cosas, podemos preguntarnos: ¿Cuál es la verdadera dinámica del sujeto que conoce la realidad? El encuentro del sujeto con la realidad no es más la posibilidad de descubrir significados, aquello que la hace significativa tanto para el docente como para los alumnos. A la realidad se le niega la posibilidad de que signifique “para mí”. La verdadera dinámica de la relación sujeto-realidad es la dinámica de la experiencia. Lo que caracteriza a la experiencia no es el probar, sino el entender una cosa, descubrir su sentido. La experiencia implica la inteligencia del sentido de las cosas (Giussani, 1998). Por lo tanto, el encuentro con la realidad, el conocer, es un acontecimiento porque descubro que lo que conozco tiene que ver con mi persona, con mis exigencias constitutivas: exigencia de verdad, de amor, de belleza, de justicia. Y estas exigencias se expresan en las preguntas fundamentales que, por el solo hecho de ser hombre, nos hacemos: ¿qué sentido tiene todo? ¿por qué existe la realidad? ¿yo quién soy? ¿cuál es mi destino? , etc.

A los docentes nos toca respetar esta dinámica de conocimiento en nuestras materias. Las disciplinas son un conjunto de conocimientos específicos de aproximación a la realidad que la tradición cultural ofrece a los estudiantes para una verificación y apropiación personal del significado de las cosas. Las disciplinas tienen sus razones, sus pasos, sus operaciones, sus contenidos, su lenguaje acerca de las exigencias del hombre. (Mazzeo, 1997). Desde esta

perspectiva, por ejemplo, enseñar física quiere decir adentrarse siempre más en la explicitación de los motivos que han hecho que surja la física; y también conocer su función dentro del campo del conocimiento del hombre.

El estudio de cualquier asignatura debe documentar que existe el asombro por el conocimiento y la posibilidad de descubrir una correspondencia entre las preguntas constitutivas de la disciplina y las exigencias de la razón de los estudiantes. Sólo así, el alumno, se podrá dar cuenta de que son varios los modos de conocer la realidad: el del historiador, del geógrafo, del lingüista, del artista, del matemático. Pero todos tienden a explicar ámbitos de la experiencia a partir de una cierta pregunta acerca de la realidad.

Las preguntas de una disciplina se convierten en interrogantes explícitos en el estudio de nuestros alumnos si existe una mediación didáctica por parte del docente. Y esto implica que el docente sea un experto en la disciplina que enseña y viva una tensión constante hacia los significados, hacia la totalidad,.

Las materias son el ámbito escolar en el cual los conocimientos tienden a ser estáticos, sin relación con otros contextos, solo un cuerpo organizado de informaciones. La disciplina de estudio, en cambio, no es simplemente un conjunto de informaciones, sino una tradición de búsqueda científica y humana que se ha convertido en objeto de enseñanza-aprendizaje. Enseñar materias significa transmitir, controlar informaciones preestablecidas y prescritas por el programa. Estudiar materias quiere decir recibir y acumular informaciones. Enseñar disciplinas de estudio equivale a producir y compartir signos en el camino de enfrentamiento de problemas que la realidad suscita. La química que se enseña en el secundaria no es la disciplina científica que se propone en la Universidad. En la Universidad la Química se propone y se estudia como disciplina científica; en la escuela secundaria, en cambio, se debería ordenar hacia los destinatarios, es decir, hacia personas en crecimiento. La intervención didáctica debería entonces ser respuesta a las preguntas innatas que tiene el adolescente por el sólo hecho de ser hombre y fiel a la naturaleza misma de la disciplina.

Muy a menudo, olvidamos la realidad a la que miran las disciplinas, olvidamos el hecho real con todos sus factores objetivos y subjetivos, interiores y exteriores, visibles e invisibles que la constituyen como dato que interroga y provoca al hombre a desear conocer, a mirar más allá de la apariencia y a buscar significados.

Muchos estudiantes salen de la escuela pensando que ese día no han aprendido nada. Pero no es que no han hecho nada, sino que no aconteció ningún encuentro con algo interesante porque las preguntas constitutivas de su ser y el deseo de conocer no se tomaron en consideración. No hubo encuentro porque la realidad, con su misterio e inagotabilidad, permaneció fuera de los libros, de los contenidos, de las tareas y de las palabras de la clase.

*Prof. Gloria Candiotti*

*Rectora Instituto Nuestra Señora de Luján*

*CLE –Educadores del Mov. Comunión y Liberación.*